

El desarrollo y la influencia de los organismos de ayuda

Melakou Tegegn

El predominio y las consecuencias de la globalización «desde arriba» nos obligan a plantearnos preguntas fundamentales cuyas respuestas se han dado por sentado desde hace tiempo (insinuando, además, que son «universalmente» aplicables): preguntas que no pueden ni deben responderse a través del prisma de los viejos paradigmas, preguntas que ni siquiera interesan a los poderosos, ya que éstos son «menos curiosos que los que no tienen poder... porque piensan que tienen todas las respuestas. *Y las tienen*. Pero no responden a las preguntas de los que no tienen poder» (Kumar, 1996: 2). No obstante, siguen prevaleciendo el paradigma y las prácticas de los poderosos: el carro de la modernización y de la industrialización galopa a una velocidad alarmante, el mercado ha atravesado las paredes de las fortalezas, antes impenetrables, de la naturaleza y de los pueblos indígenas: el Amazonas, el Mekong y ahora el Nilo. El mundo se ha rendido al modelo universal, al paradigma y al discurso sobre el desarrollo dominantes. Y es precisamente la validez de este discurso lo que queremos explorar aquí: su ética y si responde o no a las preguntas que se plantea la humanidad.

El discurso dominante

El paradigma dominante del desarrollo está basado en la ciencia y en la tecnología, cuyo poder e influencia se han consolidado gracias a la fuerza militar, la colonización del Sur, la dominación y la ocupación, la violencia contra las mujeres y la destrucción de la naturaleza y del medio ambiente. Muy pocas personas se preguntan si esta ciencia es ética y natural y es por esto por lo que siguen sin cuestionarse el discurso dominante del desarrollo y los aspectos relacionados con el mismo. El marco de nuestro desarrollo intelectual, que ha sido influido y moldeado por el mismo discurso dominante, no nos lo permite. El Sur también ha sucumbido a este discurso, a esta cosmología o visión del mundo. Como dijo, muy acertadamente, Kumar (ibid., p.3):

Durante demasiado tiempo, el «Sur» ha aceptado una visión del mundo que ha hegemonizado sus culturas, ha decidido cuál debería ser su modelo de desarrollo, ha definido sus categorías estéticas, ha dibujado su rostro militar y ha determinado su ciencia, su tecnología y sus opciones nucleares. Una cosmología construida sobre valores que han llegado a considerarse «valores universales»; una cosmología cuyas raíces filosóficas, ideológicas y políticas estaban arraigadas en el contexto histórico específico de la cultura occidental.

El corolario es que debe reconocerse la existencia de varios sistemas de conocimiento – ciencias, si se quiere– sin insinuar, necesariamente, que éstos sean la antítesis del paradigma dominante. También debe aceptarse que la ciencia del Norte es sólo *uno* de estos sistemas y que no es ni *la única* ciencia, ni *el único* paradigma ni *el único* discurso.

El ser humano debe ser el sujeto del proceso de desarrollo social, ya que la esencia del desarrollo debe ser mejorar su estándar de vida. Un cambio a mejor, antes de nada, requiere

el consentimiento del pueblo. Deben ser las propias personas quienes definan lo que constituye *un estándar de vida mejor*. Sin embargo, hasta ahora, se ha obligado a las poblaciones populares a emplear una definición y una manera de medir el proceso de desarrollo social usando los valores del Norte como criterio. Por consiguiente, las organizaciones sociales y tradicionales de la gente se han considerado arcaicas, los valores tradicionales atrasados y sus sistemas de conocimiento «poco científicos». Se esperaba que la gente abandonara sus sistemas organizativos tradicionales, sus valores y demás, e incluso se les enseñaba a hacerlo. En resumen, el cambio de identidad era una condición necesaria para el tipo de «desarrollo» que recetaba el Norte. Por lo tanto, se suponía que las auténticas instituciones o asociaciones populares –la familia, los consejos de ancianos, las instituciones religiosas, las asociaciones de crédito, sus valores y sus costumbres– serían (y siguen siendo) reemplazadas por estructuras «modernas» ajenas.

Volver al desarrollo

¿Qué es, entonces, el desarrollo? ¿Qué significa? ¿Quién lo define? ¿Qué criterios se emplean para definir el desarrollo y el subdesarrollo? ¿Qué criterios se emplean (¿y de quién son?) para determinar si una sociedad concreta está «desarrollada» o «subdesarrollada»? Éstas son preguntas clave que debemos plantearnos urgentemente en esta coyuntura histórica, en un mundo cuya existencia se ve amenazada por el modo alarmante en el que se está destruyendo su ecología y medio ambiente.

Un factor es el colapso de los modelos de «desarrollo» probados en el Sur, agravado por la amnesia social del Norte en la era de la Posguerra Fría. Desde 1949, momento en el que el concepto de «subdesarrollo» pasó a formar parte del discurso oficial, el desarrollo siempre se ha interpretado, parcialmente, como crecimiento económico o material. La ONU y otros organismos internacionales, además de los establecimientos políticos y las instituciones académicas, aceptaron esta definición sesgada sin cuestionársela. Algunos fueron todavía más lejos, buscando los «indicadores del desarrollo» y utilizando el PIB como principal, por no decir único, indicador. En pocas palabras, desarrollo = modernización = industrialización.

La noción de desarrollo del Norte procede de su propia evolución histórica –que empieza con la revolución industrial y la expansión colonial– y, por lo tanto, tiene los fundamentos culturales y éticos propios del Norte. En el Sur, esta evolución y los fundamentos culturales y éticos resultantes o están ausentes o son bastante diferentes. Antes del colonialismo, las organizaciones políticas, sociales y económicas de los pueblos del Sur estaban basadas en sus propios fundamentos culturales y éticos. Éstos difieren considerablemente de los del Norte. En la era colonial, sin embargo, se obligó a las identidades del Sur a cambiar para satisfacer los objetivos económicos y políticos de los poderes coloniales. En una convincente reconstrucción del discurso del Norte sobre el desarrollo, Gustavo Esteva señala que:

Cuando la metáfora volvió a lo vernáculo, adquirió un fuerte poder colonizador que los políticos pronto empezaron a emplear. Convirtió la historia en un programa: un destino necesario e inevitable. El modo de producción industrial, que no era más que un tipo de vida social entre muchos otros, pasó a ser la definición de la última etapa de un modo unidimensional de evolución social... De este modo, la historia se reformuló en términos occidentales.

Esteva, 1992:19

O como sostiene Sailendranath Ghosh,

Algunos países que deberían considerarse «maldesarrollados» –que malgastan recursos y degradan al hombre– se llaman desarrollados por su consumismo elitista, su poder militar y su uso de la tecnología para la máxima explotación del hombre y de la naturaleza.

Ghosh, 1988:43

Cuando se ideó el concepto «subdesarrollo», después de la Segunda Guerra Mundial, en realidad se estaba reforzando el contenido hegemónico de las creencias y de las definiciones de «desarrollo» del Norte. ¿Pero qué ocurre con los valores de otras culturas? ¿Cuáles son las definiciones y los indicadores del «desarrollo» en el Sur, en otras estructuras sociales? ¿Son la abundancia material, la prosperidad económica o el «avance tecnológico» los únicos indicadores del «desarrollo»? ¿Qué sucede con la riqueza de valores humanos que reflejan las relaciones familiares, sociales, de género, raciales y étnicas? En muchas culturas (preindustriales) del Sur hay valores sociales y éticos que se consideran aceptables en una sociedad humana y que también se podrían utilizar como indicadores del «desarrollo». No tiene sentido enfrentar los valores del Norte («desarrollado», industrial, rico) a los del Sur («subdesarrollado», preindustrial, pobre) y viceversa. Del mismo modo que el Norte busca que se le reconozca y respete por *sus* valores, también el Norte debe respetar y reconocer los del Sur. Las dicotomías tienen que dar lugar al reconocimiento mutuo, pero sin negar la universalidad de ciertos valores humanos que son pertinentes y esenciales para el desarrollo humano: valores como la igualdad de género, la libertad y el derecho a la libre expresión, a la igualdad étnica y a la armonía entre los pueblos.

En este sentido, a pesar de sus puntos débiles, el *Informe de Desarrollo Humano* publicado anualmente por el PNUD desde 1993 y el *Índice de Desarrollo Humano* que emplea para indicar el nivel de «desarrollo» país por país, suponen una importante ruptura con el discurso previo sobre los factores que determinaban los indicadores del desarrollo. Constituye un gran adelanto en el proceso de replanteamiento de los paradigmas del desarrollo. Para evitar las dicotomías y para que prevalezca el reconocimiento de los valores de todas las culturas, el desarrollo debería entenderse, por un lado, como la totalidad del bienestar material de las personas y, por otro, como el florecimiento de los valores éticos y culturales. ¿Puede uno hablar de «desarrollo» en términos de abundancia material, si va acompañado de un empobrecimiento ético y cultural? ¿Y viceversa? Merece la pena destacar el empobrecimiento ético, puesto que es la fuente de malentendidos que con frecuencia provocan conflictos entre pueblos.

La globalización

Al finalizar el proceso de globalización, se añade un nuevo elemento a la fórmula desarrollo = modernización = industrialización: la «mercadización». La globalización y «el fin de la Guerra Fría» no son frases huecas. Significan no sólo la aparición de un mundo unipolar, dominado por el sistema de mercado, sino también toda la cadena de cambios que ha comportado. Estos cambios están teniendo lugar en el seno de las estructuras sociales y en la soberanía de los Estados nación del Sur, con la emergencia de nuevas divisiones de clase asociadas con el sistema de mercado global y dependientes del mismo, y en un contexto político global (y un sistema de la ONU) dominado por los Estados Unidos.

Más concretamente, se puede decir que el proceso de globalización y el predominio del mercado han agravado ciertos problemas sociales, políticos y económicos. La pobreza se ha globalizado, empobreciendo a cientos de millones de personas en el Sur y dejando a muchos millones en el Norte sin empleo. En el mundo de hoy día, la pobreza no es una identidad exclusiva del Sur: también está extendida en el Norte. La feminización caracteriza esta pobreza globalizada y es el otro lado de una misma moneda. La posición de las mujeres en muchas partes del mundo ha empeorado (como demuestran muchos informes de la ONU) y, con el estallido de guerras y conflictos y la intensificación del tráfico de mujeres y del turismo sexual, la violencia contra ellas se ha mantenido intacta. La degradación medioambiental y la alteración del ecosistema han alcanzado niveles tan alarmantes que realmente ponen en duda el futuro de la civilización humana. Las tensiones y los conflictos étnicos, junto con el deterioro de las condiciones de los pueblos indígenas en todo el mundo, se han convertido en un rasgo distintivo de finales del siglo XX. Para complementar la crisis del paradigma de desarrollo prevaleciente, el secularismo que impone el Estado nación en el Sur –imitando el proceso de modernización del Norte, en nombre del «desarrollo»– ha reavivado ciertos valores tradicionales y locales que, a su vez, han contribuido a la expansión del fundamentalismo religioso. Las recetas (¡medicinas!) de política económica y las condiciones impuestas por el Banco Mundial y por el Fondo Monetario Internacional (FMI) han sumido en la pobreza a millones y millones de personas en todo el mundo. *Ésta es la realidad del mundo en los albores del siglo XXI: la realidad de la globalización y de la era de la Posguerra Fría.*

Si bien los procesos de modernización del Norte que tuvieron lugar en siglos pasados rompieron toda frontera nacional mediante la diplomacia de cañón o mediante la colonización y la ocupación directa, los procesos de modernización actuales –propagados por la globalización– tienen un rostro diferente. Hoy, las grandes instituciones financieras imponen su voluntad a través de los Gobiernos y Estados nación del Sur. Desde la diminuta isla de Fiji en el Océano Pacífico hasta Ghana en el África occidental, los pueblos del Sur están siendo sometidos a las recetas económicas de los programas de ajuste estructural que, entre otras cosas, convierten la devaluación de la moneda nacional, los programas de privatización y la retirada de las subvenciones del Estado y de la intervención estatal en la economía en requisitos indispensables para obtener préstamos del FMI o del Banco Mundial. El resultado es la integración y la absorción de las economías nacionales del Sur al mercado global, además de la abolición total de ciertos servicios públicos y el cese o los recortes del gasto público, de las subvenciones del Gobierno y de los sistemas de seguridad social. Estos recortes han afectado gravemente a la condición de la mujer y a la calidad de los sistemas sanitarios y de la educación pública. Con la integración de sus economías nacionales al mercado global, los países del Sur deben someterse a los dictámenes o a la dominación de las Instituciones de Bretton Woods (IBW) –el Banco y el Fondo– y ahora a la nueva Organización Mundial del Comercio (OMC).

El Sur también es víctima de la «lógica» política de las IBW. La «estabilidad política» se presenta, sin reservas, como «condición indispensable para el desarrollo». Los «tigres del Pacífico» (Singapur, Corea del Sur, Hong Kong y Taiwán), Indonesia y un puñado de otros países del Sur se citan como ejemplos a seguir. La democracia y los derechos humanos, en algunos casos, se presentan casi como «lujos» para el Sur. En otras palabras, son los poderes del Norte quienes saben lo que necesita la gente del Sur; y los temas políticos como la democracia, los derechos humanos y los derechos de la mujer son lujos que sólo pueden permitirse los países «desarrollados» y «civilizados» del Norte.

Estos problemas se ven todavía más agravados por los procesos actuales de globalización, que están afectando principalmente a los pueblos del Sur. Pero las consecuencias de las pruebas nucleares en el Sur del Pacífico o del vertido de residuos nucleares en otros lugares afectan a personas, y sobre todo a personas pobres, en todo el mundo. El tráfico de mujeres y el turismo sexual no conocen fronteras. Ni tampoco las conoce el SIDA. Por lo tanto, la globalización también ha hecho que la interdependencia sea una realidad del mundo de hoy día. El tipo de globalización prevaleciente es el que viene «desde arriba». Sin embargo, la interdependencia ha hecho que muchas fuerzas dentro de las sociedades civiles del mundo busquen maneras de unirse para responder a este proceso. Se han formado redes, se han abierto foros, se han expandido movimientos sociales y siguen surgiendo muchas ONG en muchos países. Ésta es la respuesta natural de las sociedades civiles a las consecuencias de las políticas de aquéllos que dominan el mundo de hoy día: una especie de globalización «desde abajo».

Más allá de la interdependencia, la globalización también ha incluido nuevos temas, nuevas cuestiones y nuevos problemas en la agenda del desarrollo. Un factor crucial en el contexto de estos temas y retos emergentes es el papel que pueden desempeñar las organizaciones de la sociedad civil del Norte a la hora de construir y desarrollar un tipo de cooperación y de solidaridad Sur-Norte nuevo y genuino. Si es cierto que no fue sólo un país pobre, Vietnam, el que consiguió vencer la agresión cometida contra él por los Estados Unidos, sino que también fue gracias al movimiento solidario en contra de la guerra en ciudades del Norte y sobre todo en los Estados Unidos, también es cierto que la batalla contra la globalización «desde arriba» no puede ganarse sin la participación activa de las organizaciones de la sociedad civil del Norte.

Se ha alcanzado un nivel de necesidad tal que requiere una respuesta política conjunta a la realidad de los problemas globalizados. También a nivel de conciencia, es vital profundizar en la contextualización de los problemas que surgen a causa del proceso de globalización, que son en realidad los problemas que afrontan los pueblos oprimidos de todo el mundo. Es crucial que las ONG, los movimientos sociales y otras organizaciones de la sociedad civil adopten este tipo de perspectiva porque, para formular estrategias, es imprescindible analizar los problemas propios desde una perspectiva global y los problemas globales desde una perspectiva local. La realidad de la globalización nos obliga a ampliar nuestro alcance, a reforzar nuestra conciencia y nuestros conocimientos y a elevarlos a un nivel más alto.

Desarrollo y género

El mundo contemporáneo jamás había visto un despertar social tan fascinante como el de los años sesenta y setenta, sobre todo los movimientos de mujeres y la aparición del pensamiento y de los paradigmas inspirados por el feminismo, que más tarde llevaron al desarrollo de los enfoques de género. Sin duda, este movimiento tan noble ha contribuido enormemente a cambiar la percepción de las relaciones entre los sexos, aunque modestamente, en todos los rincones del mundo. Sin embargo, a pesar de las leyes de los Gobiernos, las declaraciones y resoluciones de la ONU y los foros globales sobre las mujeres, la posición de éstas aún no se ha visto sustancialmente mejorada. Al contrario, según publicaciones recientes del *Informe de Desarrollo Humano* del PNUD, sus condiciones de vida en muchas partes del mundo, de hecho, han empeorado. Aunque todas las demás condiciones permanezcan iguales, la condición de las mujeres seguirá deteriorándose.

Aunque el discurso sobre la igualdad de las mujeres sigue vigente, el componente género debería tener un papel determinante dentro del discurso más amplio sobre la sociedad civil y el desarrollo social. «Estructuralmente» la sociedad civil es la parte de la sociedad situada fuera del reino del poder político (el Estado). Las mujeres, que han sido alejadas del poder desde los albores de la historia, son parte orgánica de cualquier sociedad civil democrática y con un papel muy importante a desempeñar dentro de ellas. El lenguaje y la definición del concepto de «desarrollo» deben empezar a partir de cambios y mejoras en la condición de la mujer, el elemento más relegado –y sin embargo, de los más cruciales– no sólo de la sociedad civil sino de la misma civilización humana. Si el desarrollo significa cambiar hacia mejor, su definición debe empezar por lo que constituye el mejorar: un cambio y una mejora de la condición de la mujer. Debemos empezar por la pregunta: ¿qué tenemos que cambiar? En este sentido, está claro que la posición degradada de la mujer en la sociedad es universal, tanto porque sus condiciones materiales de vida son inadecuadas como por la actitud de los hombres hacia las mujeres y la actitud de las mujeres hacia ellas mismas. El patriarcado debe desaparecer tanto de las mentes de los hombres como de las mujeres. La injusticia y la violencia física y psíquica descargada sobre las mujeres, tienen sus orígenes en el patriarcado. El patriarcado no sólo es opresivo y explotador; también es violento. Llega bajo la bandera de la tradición, la costumbre, la cultura e incluso la religión: todas ellas justifican la degradación de la mujer y la violencia contra ella. De manera consciente o inconsciente, estamos ante la violencia de la comunidad contra la mujer y, por lo tanto, contra la misma comunidad. Esto es el subdesarrollo, y precisamente este subdesarrollo es universal, desde la Medina de Sana'a, en Yemen, hasta Harlem, en los Estados Unidos, desde Ciudad del Cabo, en Sudáfrica, hasta Reykjavik, en Islandia.

Si optamos por una sociedad humana, el desarrollo y la democracia deben definirse y medirse, en primer lugar, según los cambios positivos en la posición de las mujeres y, en segundo lugar, según la actitud hacia las mujeres tanto por parte de los hombres como de las mujeres. Esto es fundamental porque constituye un cambio verdaderamente radical. Cambiarse a sí mismo es lo que más cuesta al ser humano: liberarse de la manera de pensar transmitida del pasado, en nombre de la tradición. El desarrollo significa que cada hombre, entre otras cosas, tiene que empezar a pensar de modo positivo y diferente sobre las mujeres, cuyas vidas están vinculadas a la suya.

Ello no debería interpretarse como un llamamiento al cambio para ajustarse al pensamiento occidental porque, en este sentido, el mismo mundo occidental sigue estando subdesarrollado. La posición de la mujer occidental y la actitud de la sociedad hacia ella, como mínimo, sigue siendo deplorable. En el caso de África, la actitud patriarcal y tradicional se ha visto reforzada por la intervención colonial y ahora por las inyecciones de «modernización» y de «modernidad» a través de instituciones como el FMI.

El desarrollo y los derechos humanos

Uno de los ámbitos en el que es más palpable el dominio del discurso del desarrollo es el ámbito de los derechos humanos. El discurso actual sobre los derechos humanos pertenece históricamente al período de la Ilustración europea y sus fundamentos ideológicos y filosóficos forman parte del pensamiento liberal. Su fundamento material es el modo de producción industrial privado y la economía de mercado. El interés privado, el interés del individuo, el beneficio privado y la competencia eran su credo. El hecho de restringir el concepto de los derechos humanos y de equipararlo únicamente con los derechos del individuo se basa históricamente en la expansión de la industrialización capitalista. Los

poderes que actualmente dominan la vida económica, social y política de las sociedades industrializadas fomentan este discurso. Como señala acertadamente Corinne Kumar, el discurso dominante es y fue «un diálogo parcial en el seno de una civilización» (ibid., 11).

Hoy día, el discurso occidental sobre los derechos humanos se ha convertido en el lenguaje global, después de anular a otras civilizaciones, valores, filosofías y sistemas de Estado, sobre todo en África, Asia, las Américas, el Mundo Árabe y otros países, primero a través de las conquistas coloniales y ahora por medio del proceso de globalización. La expansión de la industrialización y del mercado desecharon los valores de la mayor parte de las civilizaciones del Sur que se basaban no sólo en el respeto por los derechos del individuo sino también, por un lado, en el bienestar y el interés colectivo y, por el otro, en el respeto por el medio ambiente. Por lo tanto, en gran parte del Sur los derechos e intereses colectivos son tan importantes como los individuales, ya que es lo colectivo, y no lo individual, lo que desempeña el papel más decisivo en la vida del Sur. Esto no se debe interpretar, de ningún modo, como una defensa de la «tradicición», puesto que, en este contexto, la «tradicición» no se considera algo opuesto a la «modernidad». Al contrario, en las sociedades «tradicicionales» también existen estructuras patriarcales, violentas y represivas que deben ser motivo de rechazo.

A pesar de todo, generalmente, se considera que los derechos humanos forman parte de la agenda del Sur. Esta suposición niega la existencia de violaciones de los derechos humanos en el Norte. No obstante, estas violaciones en el Norte constituyen un grave problema, sobre todo a medida que la capacidad de los ciudadanos para vivir de forma digna disminuye día a día. Sólo en Chicago, en 1986, había 40.000 personas sin techo; entre los afroamericanos del Misisipi, hay una tasa de analfabetismo del 7% y la escuela de economistas de Chicago considera que el problema creciente del desempleo no tiene solución. Si muchos ciudadanos de los países del Norte no pueden vivir como seres humanos a causa de la necesidad, el hambre, la falta de vivienda, el analfabetismo y otras necesidades materiales, ¿no estamos ante una violación de los derechos humanos?

Igualdad y asociación en el ámbito del desarrollo

Una reliquia del discurso dominante se refleja en las asociaciones que pasan por «asociaciones para el desarrollo». Después de la guerra de 1939-1945, el Norte se clasificó de «desarrollado» y el Sur de «subdesarrollado». «Lógicamente» se entendía que el Sur necesitaba el «desarrollo» y que el Norte le ayudaría a «desarrollarse». Esto se moderó a partir de los años sesenta y fue seguido por reivindicaciones a favor de la «igualdad y la asociación en el proceso de desarrollo» del Sur. La cuestión de la «igualdad y la asociación en el desarrollo del Norte» nunca se ha planteado, ya que todavía no se ha reconocido la existencia del subdesarrollo en el Norte.

Sin embargo, la globalización «desde arriba» (del mercado) ha hecho que la interdependencia –algo que va más allá de la solidaridad– sea necesaria para los marginados a escala global, ya que la industrialización, la expansión del mercado y la «modernización» hacen que éstos sean cada vez más prescindibles. Los que participan en el proceso de desarrollo, en la lucha contra la pobreza, contra la violencia contra la mujer y contra la explotación destructiva del medio ambiente, cada vez son más conscientes de la interdependencia entre la sociedad civil global. Esto ha dado lugar a la creación de varias redes y foros, globales y regionales. Este creciente contacto dentro de la sociedad civil global, el proceso de globalización «desde abajo», es muy esperanzador.

No obstante, la sociedad civil global es un conglomerado de realidades muy diversas. Queda un largo camino por recorrer hasta que sea posible la acción social conjunta. Uno de los principales obstáculos es el punto de vista sesgado en cuanto a la igualdad y la asociación en el ámbito del desarrollo. La interdependencia actual ha supuesto que los proyectos de desarrollo hayan pasado de ser la preocupación de una localidad o de una región concreta a ser de interés para la sociedad civil global. Por ejemplo, el movimiento social contra las pruebas nucleares francesas en el Pacífico del Sur ya no sólo concierne a la población del Pacífico; un proyecto para conservar los bosques en las tierras altas de Etiopía tiene un verdadero impacto en el Sahel en general; etc. La lucha contra la pobreza material en el Sur también tiene un verdadero impacto en el Norte. Este tipo de interdependencia hace que la dicotomía «donante-beneficiario» resulte obsoleta. La asociación en el ámbito del desarrollo ya no es una expresión de solidaridad sino que se ha convertido en algo imperativo: ahora, la igualdad entre «donantes» y «beneficiarios» es una necesidad.

Bibliografía

Esteva, G. en *The Development Dictionary*, ed. Sachs, Zed Books, Londres, 1992.

Ghosh, S. «A plea for re-examining the concepts of development and reorienting science and technology», en *Global Development and Environment Crisis – Has humankind a Future?*, Sahabat Alam, Penang, Malaysia, 1988.

Kumar, C. *South Wind: On the Universality of the Human Rights Discourse*, El Taller, Túnez, 1996.